

CONALI INFORMA

“LITURGIA Y TRABAJO”

A propósito del mes en que nuestra patria hace presente de un modo particular la realidad del trabajo, reflexionamos sobre lo que significa - desde el punto de vista monacal- "orar y laborar en la actualidad de la Iglesia"; es decir: cómo se unen e iluminan en Cristo liturgia y vida.

Por una parte, baste decir que “la entrega pascual de Cristo” es ciertamente vida y que es ella misma la esencia de “la oración pública de la Iglesia”. En el “misterio de la pasión, muerte y resurrección del Señor” se expresa la esencia de la acción humana redimida; es la obra de nuestra redención. En efecto, el cristiano está continuamente injertado por la vida bautismal en la acción del Cristo vivo tomando la perspectiva de la encarnación del Verbo, en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia; de la escucha, en cuanto al oír y al “ob-oír” (oír hasta el fondo, hasta la última consecuencia, hasta que lo oído toma carne y se torna en ob-edecer) y de la fe en la Presencia real de Jesucristo, fe en continuo crecimiento (Rm 1, 17).

Por otro lado, la liturgia eucarística, el signo de la "mesa del Señor" establecido por Jesús, es el fundamento, la fuente y el fin de los otros seis Sacramentos y de todos los sacramentales; es el signo eficaz e

instrumento adecuado de la obra redentora de Cristo en su Iglesia. La Eucaristía es oración pública de la Iglesia por excelencia.

Los monjes quieren aprender de la Iglesia a vivir en Jesucristo, quieren reconocer su necesidad absoluta de ser salvados por Jesucristo, quieren aceptar de Jesucristo su don de vida, que es él mismo. Así, creen que el Verbo eterno se hizo carne y habita entre nosotros. Creen que él, al asumir una naturaleza humana y nacer de la Virgen María, asumió en el mismo acto toda la naturaleza humana, es decir, a todos los seres humanos, como miembros de su cuerpo. El Verbo de Dios es el único Sujeto de la naturaleza humana individual que asumió naciendo de María. Es el “Co-sujeto divino” con los “co-sujetos creados” que son los miembros de su cuerpo, la Iglesia.

Cuando el co-sujeto humano ora, ora necesariamente con y en Cristo. Cuando el cristiano actúa, actúa necesariamente con y en Cristo. Así, el Espíritu del Hijo a quien “Dios envía” a nuestros corazones clamando Abbá, Padre, es la esencia de la oración del cristiano. La oración como acto humano es cualquier acto o actitud por la que el hombre acepta conscientemente al Don que es el Espíritu y “consiente” a su grito en su corazón. Por ese mismo Espíritu, el cristiano trata de desarrollar una actitud y

un “método” para discernir continuamente la voluntad de Dios, y actúa, trabaja, hace lo que hace, porque es la voluntad del Padre para él en este momento. Lo hace con amor.

El monje asume un “sacramento” particular de ese discernimiento en su promesa de obediencia. Pero del mismo modo, todos los cristianos saben las obligaciones que han asumido, consultan antes de tomar decisiones; algunos se hacen una pequeña “regla de vida” ; todos aprenden que para seguir escuchando hasta el fondo necesitan una cierta disciplina interior y exterior, quizás en primer lugar la disciplina de una especie de horario diario.

Más que dialogar intelectualmente o compartir reflexiones académicas que ayuden a pensar y soñar el “orar y laborar” , lo que la vida monacal quiere hacer -por la gracia de Dios- es dar testimonio a los demás testigos de Jesús de que “Sí; Jesucristo es real y presente, vivo y vivificante” . Lo que aprende el monje por el testimonio de la Iglesia, es efectivo. Como los samaritanos dijeron a la buena samaritana: ‘Ya no creemos [solamente] por lo que tú nos has dicho; nosotros mismos hemos oído y sabemos que él [Jesús] es verdaderamente el Salvador del mundo.’ ”

Necesitamos dar testimonio los unos a los otros continuamente. Es así que nuestra fe seguirá creciendo. Cada vez que el creyente en Jesucristo ve o escucha un testimonio, tiene que dar una nueva respuesta; su experiencia de creer se va ampliando... Como afirma Thomas Keating, el “crecimiento en la fe [en Jesús] es, a la vez, crecimiento en la recta percepción de toda la realidad.” (Thomas Keating, *Intimacy with God*, Crossroad, New York, 1994).

Los monjes quieren crecer continuamente en creer que en la oración común “canonizada” de la Iglesia, Jesús en sus miembros sigue asumiendo la fórmula sálmica de Adán y de Job, del *anthropos*, dirigiéndose siempre, cara a cara, al Padre. El monje quiere creer más y más que Jesús, el Crucificado-Resucitado, está en él, haciendo siempre lo que agrada al Padre. De este modo, cada crecimiento en la fe se da como una sorpresa gozosa de ver la Realidad de Jesús presente en situaciones muy terrenales y limitadas.

Así también, todos los creyentes en Jesucristo siempre encuentran muchas contrariedades a su determinación de orar y trabajar con su divino Co-sujeto. Muchas veces el co-sujeto humano perderá la paciencia con los que le parecen ser la causa de esas contradicciones: con una autoridad a quien se siente obligado a someterse, o consigo mismo, por su propia inconstancia en aceptar los criterios de las Bienaventuranzas, tan contrarios al “sentido común” .

Sin embargo, luego encuentra que es muy necesario reconocer sus impacencias ante Dios, y, si es posible, ante un hombre de confianza o un ministro de Dios. Para vivir como comunidad fraterna, los miembros de Cristo necesitan vivir en la actitud constante de perdonar y ser perdonados. Llevan el gran tesoro de Jesucristo en vasos de barro. Necesitan animarse continuamente los unos a los otros, llevando las cargas unos de otros, y solamente así cumpliendo la ley de Cristo.

El monje recibe de la Iglesia la convicción de que los dones de la Fe, la Esperanza y el Amor son el único acceso a la maravillosa realidad de Jesucristo, el Crucificado-Resucitado de entre los muertos, quien está creciendo a la Plenitud en todos los seres humanos, su

cuerpo. Y aunque se siente llamado a vivir en un “ambiente controlado” para no desviarse del Camino que es Jesucristo, ve que la Fe, la Esperanza y el Amor hacen el Reino de Jesucristo igualmente asequible en todo contexto y vocación particular. Así, pide al Señor continuar unido con todos en el Camino, de fe en fe, de gracia en gracia.

Lo dicho hasta ahora parece dar respuesta a unas preguntas específicas... ¿Qué significa “ora et labora” para un cristiano? R. Seguir creciendo sin cesar en la convicción de la fe de que el Crucificado-Resucitado, Jesucristo, es el Co-sujeto de su orar y su laborar. ¿Qué significa en la vida monacal? R. El monje quiere dar testimonio por el ejemplo de que Jesucristo en sus miembros es realmente real aquí y ahora, en su orar y en su laborar.

¿Y qué puede significar para tantos hombres y mujeres que quieren vivir su trabajo de cara a Dios y en comunión con la obra redentora de Cristo en su Iglesia? R. Jesús, el Crucificado-Resucitado de entre los muertos, viene al encuentro con cada uno/a; quiere abrazar personalmente con cada uno/a. Todos/as podemos abrazarle en la fe, y seguir creciendo en la fe, sin cesar.

¿Cómo la oración pública de la Iglesia recoge esta realidad cotidiana y la une a la entrega pascual de Cristo? R. La Iglesia nos urge ver en la Misa el Corazón, la Fuerte y el Culmen de toda relación vital con Dios y de la realidad cotidiana. La Iglesia cree que la Plenitud de toda realidad, no sólo de la realidad exterior, material, sino de la realidad trascendente, invisible a los sentidos, la Plenitud de la redención humana, es Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, hecho carne y viviendo entre nosotros, el Crucificado-Resucitado de entre los muertos, la Cabeza de la nueva humanidad, su cuerpo, la Iglesia. Y cree

que en el signo de su última cena, él se da personalmente, completamente a cada uno/a, para que lo coman, y se nutran de su vida en abundancia, Fuente inagotable de vida verdadera.

Aunque el signo es tan simple que probablemente se nos escapa por completo, y aunque posiblemente esté tan cubierto con signos secundarios, “explicativos”, que apenas ya lo distinguimos, aun así, Jesús sigue ofreciéndonos este signo y prometiéndonos que “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él,” y que “el que permanece en mí y yo en él da mucho fruto,” fruto “que permanece”; y la Iglesia sigue urgiéndonos a “hacer la Eucaristía” en la Misa dominical, porque la celebración de la Eucaristía nos “hace Iglesia” .

Abbá, Padre, ¡gracias de todo corazón!

P. Lino Doerner
Hermano trapense, sacerdote